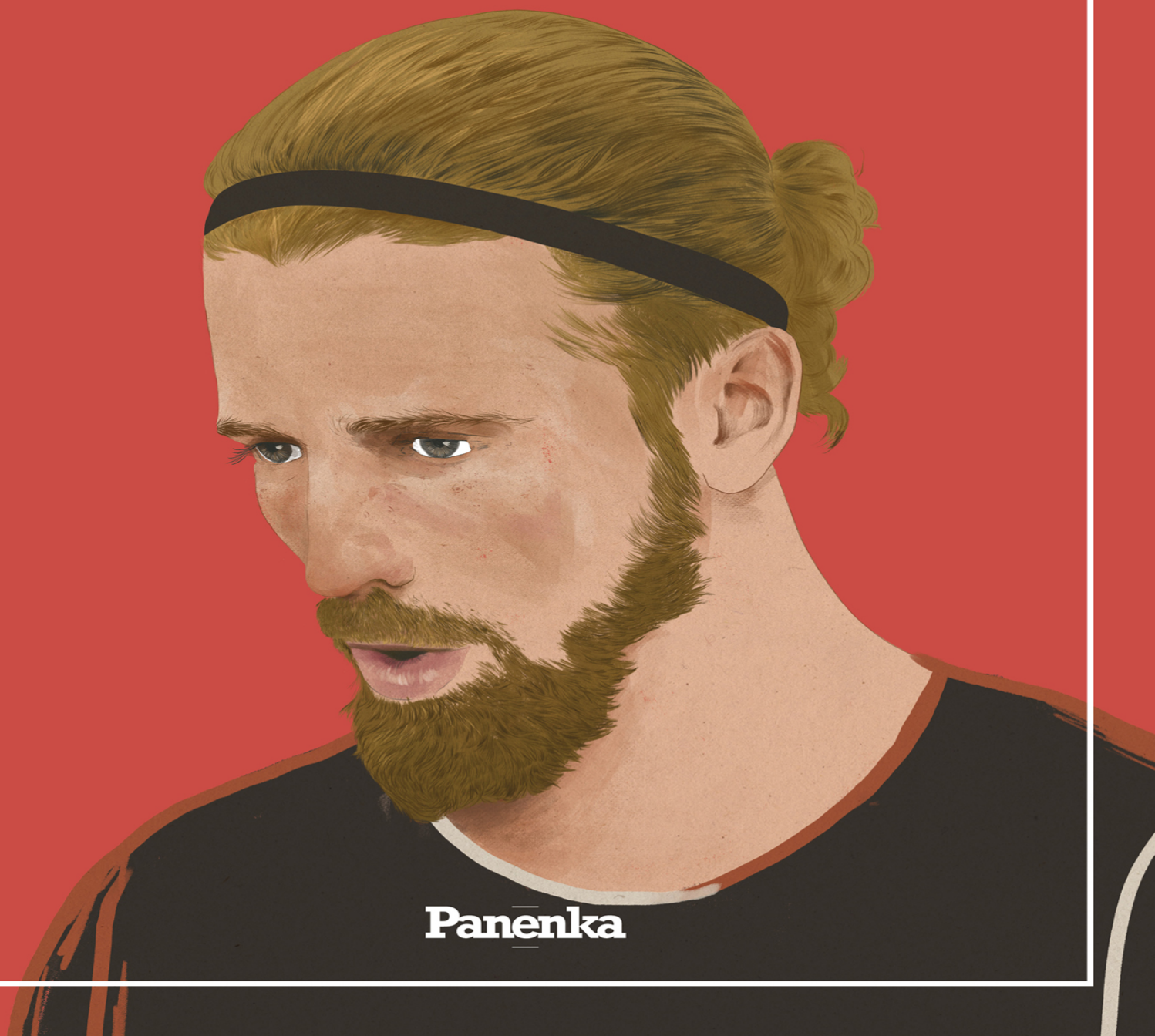


Iker Muniain

Un balón, un escudo, una vida

Patxi Xabier Fernández

Prólogo de Joaquín Caparrós



Panenka

Patxi Xabier Fernández Monje

(Bilbao, 1962) es periodista y fundador de la agencia de comunicación IN-komunikazioa.

Ha trabajado en los medios *Hemen*, *EGIN* y *Gara* y ha colaborado en *EITB* y *Euskaldunon Egunkaria*.

Coautor de *Julen Guerrero, Alma de ganador* (1996) y *Lezama, el corazón del Athletic* (2011) y director de *Euskal Herriko futbolaren historia — Enciclopedia del fútbol vasco—* (2001). Socio del Athletic Club, fue su jefe de prensa entre 2001 y 2019.

Iker Muniain

Un balón, un escudo, una vida

Patxi Xabier Fernández

Prólogo de Joaquín Caparrós

Panenka

Primera edición: noviembre 2021

© Título: Iker Muniain, 2021

© Textos: Patxi Xabier Fernández

© Prólogo: Joaquín Caparrós

© Ilustración de portada: Marc Pallarès

Edición: Arnau Segura

Diseño y maquetación: Anna Blanco Cusó

© Grupo Editorial Belgrado 76, S.L.

C/Grassot 89, bajos

08025 Barcelona

www.panenka.org

ISBN: 978-84-124525-0-1

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

*Sentir que siempre has sido tú mismo no mitiga los errores,
pero riega con orgullo el alma.*

Iker Muniain

PRÓLOGO

NOTA DEL AUTOR

**Capítulo 1:
DE LA TXANTREA A LEZAMA**

**Capítulo 2:
DE LEZAMA A SAN MAMÉS**

**Capítulo 3:
CIFRAS Y LETRAS**

**Capítulo 4:
FUTBOLERO Y ' MILLONARIO '**

**Capítulo 5:
EL DÍA MÁS LARGO**

**Capítulo 6:
JUEGO COLECTIVO**

**Capítulo 7:
LA METAMORFOSIS**

**Capítulo 8:
NADAR PARA MORIR EN LA ORILLA**

**Capítulo 9:
LA PANDEMIA**

**Capítulo 10:
ATHLETIC, ZU ZARA NAGUSIA**

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Joaquín Caparrós

La confianza es un grado, dicen. ¿Quién podría pensar que en el cada vez más profesionalizado y exigente mundo del fútbol confiar en los más jóvenes podría considerarse una marca de la casa? En el Athletic Club se juntaron el hambre y las ganas de comer. Llegué a Lezama y puedo decir que encontré la horma de mi zapato al toparme con un adolescente diferente, sin pelos en la lengua y sin vergüenza ninguna en el campo, un espíritu contestatario con una determinación inquebrantable para llegar a ser futbolista profesional, con toneladas de ganas de aprender e impaciencia por demostrar.

Peldaño a peldaño, multilateralmente asesorado, protegido —a veces— por sus compañeros, esas piernas fuertes y esa cabeza obstinada empezaron a destrozarse hojas del calendario. Recuerdo de su mano una de mis frases clásicas: “El fútbol nos va a matar”.

Para sobrevivir en este fútbol vertiginoso y descontrolado, de mucho ruido, de poca pausa, de memoria de pez, necesitamos buenas noticias, historias de apego a la tierra y a los colores. Precisamos episodios de superación ante las lesiones, profesionales a veces descarados y números redondos que celebrar. Iker, aquel niño de pelo rizado pegado a un balón, ya lleva más de diez años dando guerra desde que me dijeron que él era un jugador distinto. Y acertaron, acertamos.

Joaquín Caparrós, primer entrenador de Iker Muniain en el primer equipo del Athletic Club

NOTA DEL AUTOR

El histórico Mestalla seguía ahí, desconocedor de que el paso del tiempo traería una crisis que golpearía inmisericordemente al sector de la construcción y sin saber, tampoco, que el fútbol moderno de los nuevos inversores con exiguas raíces emocionales no propiciaría, al menos de momento, su paso a los anales de la historia.

Por aquel entonces, 30 de mayo de 2009, jornada 38 de la competición liguera de la campaña 2008-09, Iker Muniain Goñi (Pamplona-Iruña, 19 de diciembre de 1992) era, en la más benévola acepción del término, un mocoso de 16 años que observaba el partido entre el Valencia CF y el Athletic Club embutido en una parka no apta para menores.

Lo hacía entre incrédulo y enfadado, y, pese a la lógica alegría del recién aterrizado, vivió aquel momento como una tremenda desilusión para sus más cercanos. Nada mejor que el principio de una historia para poder entender lo que vendría después. Al sentarse en aquel momento a la vera de Iker Muniain, eran ya palpables los primeros retazos de su carácter fuerte y ganador, de sus manías y de sus firmes convicciones. Sin embargo, con el paso del tiempo, más de una década después, cualquier persona que haya intimado con Iker ha aprendido a conocerle y ha podido constatar que con él es imprescindible dejar botar la pelota antes de rematar o despejar, una metáfora como otra cualquiera para referirse a la nefasta idea de intentar abordar al Iker jugador o al Iker persona en caliente y más tras un revés inesperado. Fue uno de los primeros sopapos de realidad, le siguieron otros, pero en su haber figuran, sobre todo y ante todo, legiones de gratificantes momentos ganados a pulso.

Irreverente a veces, rebelde sin causa otras muchas, creyente heterodoxo en lo que a cuestiones religiosas se refiere, amante de la tauromaquia un poco por casualidad y bastante más por la tradición de su Pamplona natal, Iker quiere huir de sus primeros clichés juveniles y lo hace de la mano de la madurez, si es que esta llega para los rebeldes con causa.

Y todo lo anterior, o casi todo, gracias a su desempeño en los terrenos de juego, a su necesidad de mantener un contacto a veces febril con la pelota —Marcelo Bielsa lo definirá en estas páginas como un enamorado del fútbol—, a una fuerza de voluntad a prueba de adversidades y, también, a un deseo irrefrenable de mejorar en todos los ámbitos.

Infinidad de conversaciones de entrañables ‘paticortos’ en jardineras de aeropuertos, en mil y un hoteles de vaya usted a saber cuántos países, a pie de campo o al abrigo del Serantes gastronómico, discusiones sin concesión alguna e incluso lágrimas al recorrer los agrestes caminos de la memoria, han dado luz a un proyecto en forma de libro y que solo tenía una condición previa: intentar reflejar cómo es el Iker persona, sin conservantes ni edulcorantes, más allá de sus regates y goles, que por supuesto tienen hueco. Hacerlo en tono pastel habría sido demasiado plano y demasiado aburrido... Y él no es así.

Quien decida bucear en estas páginas encontrará la escala de grises del protagonista, sus días alegres y los que menos, sus cuitas, sus desvelos, sus muchas e invasivas manías y sus cicatrices. Se podrá topar de frente con una querencia, a veces enfermiza, por ser futbolista, que le llevó a apartar aspectos nucleares en la vida de otros jóvenes y que le obligó a renunciar a muchas cosas. Cada policromado capítulo forma parte de la banda sonora de su vida, con las mínimas dosis posibles de barniz.

Hemos recorrido su ya dilatada actividad profesional, pero también sus precoces experiencias balompédicas, una pubertad casi perdida y la vida más allá del calor del vestuario, retales sin los cuales sería imposible entender su tránsito. Además, hemos vivido sus reinenciones, su constante proceso de aprendizaje e, incluso, un confinamiento y el parón de la actividad futbolística y social por una pandemia. Lo hemos hecho de la mano de muchas de las personas que han compartido con él espacios en la

calle, en casa, en el campo y en el vestuario. Y también orientados por aquellas que han acumulado roces y confianzas en su todavía inacabada experiencia vital y profesional. Gracias a quienes han aportado desinteresadamente sus testimonios, y al periodista Arnau Segura por su colaboración y paciencia, que ha ayudado en la edición de este texto.

Capítulo 1

De la Txantrea a Lezama

Las palomas de la plaza reposan hoy tranquilas, en paz, sabiéndose vencedoras de una guerra que antaño tuvieron más que perdida, igual que las mesas de la terraza del bar o las persianas metálicas de las tiendas. Algunos vecinos todavía recuerdan a un chaval bajito, rubio e inquieto que correteaba por la plaza persiguiendo siempre un balón, mientras acaban de apurar cafés y botellines entre mascarillas, signo inequívoco de unos tiempos distintos que han acabado de alejar a los jóvenes de las aceras.

“Cada día se juega menos en la calle”, lamenta Iker Muniain Goñi, poseído por la nostalgia al regresar a los orígenes, a la infancia. A aquella habitación empapelada con pósteres de futbolistas del número 4 de la calle pamplonesa de Miranda de Arga, en el barrio de la Txantrea. Cuando llegó a esos bloques de pisos de obra vista por primera vez, recién nacido, la Txantrea ya no era el *Barrio conflictivo* al que cantaba Barricada en los 80, o ya no lo era tanto, y en la cuna le aguardaba un balón de espuma. Creció con esa pelota en una mano y el biberón en la otra, y poco después, llegó el primer Mikasa de triángulos negros y blancos. El recuerdo de Iker dicta que se lo regaló su padre. El del padre, que entraron juntos en una tienda de deportes de Pamplona y que, al ver el balón colgado del techo, Iker no paró de reclamarlo hasta que él se lo compró. Fuera como fuese, la pelota todavía la guardan. “Pesaba lo que no está escrito”, afirma Iker. Y dolía. Y tatuó decenas de caras. Pero nunca pesó más que las ganas de perseguirlo de la cuadrilla, siempre unida, desde la infancia. Jugaban al fútbol todo el día, tanto en el patio del colegio Hijas de Jesús como en la calle, saltando de plaza en plaza. El barrio entero se presentaba, a sus ojos, como un campo gigantesco, kilométrico, como una llanura vasta e inacabable. “En el barrio estábamos todo el día con el balón. No necesitábamos nada más para ser felices”, evoca. Apenas paraban para hablar de fútbol, soñando en voz alta. Y para comprar chuches en la panadería Belén. Eran las únicas pausas posibles. Las únicas treguas permitidas. Iker siempre compraba unas moras pequeñas. Valían una peseta cada una, y cuando se agotaba el dinero que le daban sus padres, Nuria y Fernando, aparecía la figura de Genaro, un vecino del barrio de toda la vida, el responsable de sortear el

jamón cuando jugaba el equipo de fútbol, la Unión Deportiva Cultural Txantrea Kirol eta Kultur Elkartea. Cada lunes le preguntaba a Iker cuántos goles había marcado y le regalaba una moneda de 25 pesetas por cada uno que había conseguido transformar.

Igual que tantos otros días, a falta de balones, bastaban tetrabriks, botellas o piedras, y que los árboles de las plazas y los bajos de los bancos ejercieran como porterías, muchas tardes ni siquiera hacía falta bajar a la calle para disfrutar del fútbol. Uno de los primeros recuerdos de Andoni, su hermano, es jugar al balompié en el pasillo de casa de su abuela materna, Piedad, contra Iker y ella. En aquellos partidillos improvisados, Andoni, tres años menor, y Piedad formaban un equipo; Iker, el otro, casi siempre ganador.

Cuando los turnos del trabajo de Nuria, en la biblioteca de la Universidad Pública de Navarra, y de Fernando, en una fábrica de amortiguadores de las afueras de Pamplona, se solapaban, Piedad cuidaba a los hermanos en su casa. Aún los recuerda atornillados al suelo viendo *Oliver y Benji* antes de ir a la escuela, apurando hasta el último segundo. “Nunca acababan de meter gol”, acentúa. Más de una vez le dijo a Nuria que pensaba en comprarse un coche de los que se pueden conducir sin carné porque siempre tenían que salir corriendo al colegio para no llegar tarde.

A Iker nadie le puso la pelota en los pies, pero ya llevaba el amor por el fútbol en la sangre. Su padre, cosecha del 64, llegó a hacer pruebas para ingresar en las categorías inferiores del Athletic y había jugado en Tercera División con la UDC Txantrea, el mismo equipo al que llevó a Iker cuando tan solo tenía cuatro años y medio. El niño empezó jugando a fútbol sala en el pabellón del barrio, uno de los grandes manantiales del fútbol navarro. Una tarde de junio de 2000, con solo siete años, y junto a otros 300 vecinos, incluso acompañó al primer equipo a Zubieta, en un partido de la sexta y última jornada de la promoción de ascenso a Segunda B contra el filial de la Real Sociedad. La UDC Txantrea, vinculada al Athletic desde 1974, perdió ante el segundo equipo donostiarra, pero acabó subiendo por ascensos compensados y en el curso 2000-01 el barrio

disfrutó por primera y última vez de la categoría de bronce. Los sábados iba a ver a los mayores, también vecinos del barrio, y en el descanso saltaba al verde a jugar con sus amigos y compañeros.

Iker todavía recita, casi entera, de memoria, la alineación de su equipo de aquellos tiempos: Iñigo Eguaras, Pablo Coscolín (íntimo amigo desde el paritorio), Yoel Sola... Comandado por Iker, ese equipo llegó a situar a la UDC Txantrea al mismo nivel que el CA Osasuna, e incluso unos centímetros por delante, al tiempo que copaba las convocatorias de la selección navarra. “Con once o doce años le vi jugar por primera vez, en un Osasuna-Txantrea de la final de la copa territorial. ‘Mira cómo juega al fútbol ese pequeñajo, ese pequeño diablo’, me dije”, enfatiza el ‘Kuko’ Ziganda, que más adelante se cruzaría con Iker en el vestuario de Lezama.

Resultaría redundante recoger los recuerdos de compañeros, rivales y entrenadores que lo vieron volar durante esos días con la casaca azul de la UDC Txantrea. Todos convienen en que estaba un escalón por encima, o diez, y la prueba más fehaciente de ello es que, en lo futbolístico, lo adelantaron cuatro cursos en la escuela. Solo tenía seis años y apenas cursaba segundo de primaria cuando Iñigo Pérez lo reclutó para el partido diario entre los de sexto A y los de sexto B, cuatro años mayores: lo que va de un Mundial al siguiente. “Cuatro años ahora no son nada, pero entonces eran un mundo”, comenta Iñigo.

Cuando en el recreo jugaba con los de su clase muchas veces lo hacía como portero. “Si íbamos perdiendo, cuando nos tiraban a puerta cogía la pelota y salía corriendo hacia la otra portería, con los guantes y todo, intentando driblar a los contrarios para marcar. Me lo pedía el equipo”, apunta Iker. “En esos partidillos había que ganar como fuera”, justifica. Por aquel entonces, Andoni ya tenía el encargo paterno de recoger las sudaderas, las mochilas y todos los objetos que su hermano se iba dejando olvidados tras de sí junto a los postes de las porterías.

La portería le fascinó desde niño, hasta el punto de tener un póster de Vítor Baía en su cuarto. Su primer ídolo, aun así, fue Julen Guerrero. El genial mediapunta de Portugalete se ganó su amor eterno una tarde de finales del siglo pasado, en la que Fernando condujo a Iker hasta Lezama